

CHRISTIE WATSON

Donde las
mujeres
son
REYES



alevosía

Índice

Cubierta
Portadilla
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete

Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres
Agradecimientos
Nota de la traductora
Notas
Créditos

*Para Moyo, que se tragó toda la bondad del mundo, y para Kike,
a quien ama como el mundo jamás ha conocido el amor.*

Uno

Elijah, precioso hijo mío:

Quiero contarte tu vida. Todo el mundo tiene una historia en su interior, que comienza antes de nacer, y la tuya es una historia más grande que la que mucha gente conocerá jamás. Dicen que no debería confesarte algunas cosas, y que las palabras pueden herir a los oídos pequeños, pero, hijo mío, no hay secretos entre madre e hijo. Un hijo ha visto las entrañas del cuerpo de su madre, y ¿quién puede conocer un secreto mayor que ese? Dicen muchas cosas, esos británicos. Llamam «maltrato infantil» a lo que nosotros, los nigerianos, llamamos «aprendizaje». Así que no les hagas caso.

Tu historia comienza en Nigeria, que es un lugar como el Cielo. El sol brilla todo el tiempo, y todo el mundo sonríe y se preocupa por los demás. Los niños nigerianos estudian mucho en la escuela, tienen una educación perfecta, cuidan de sus padres y respetan a las personas mayores. Nigeria es luminosidad y estrellas, y una tierra como la piel de tus mejillas: marrón rojiza, suave y tibia.

Estoy repleta de recuerdos de Nigeria, con orgullo. Sobre todo me acuerdo de mi familia. Mami, tu abuela, era famosa por sus cacharros de cocina relucientes, y sus historias brillantes.

Hace mucho, nos contaba a mis hermanas y a mí, una mujer muy vacía vendió su cuerpo como si solo fuese carne a la venta en el mercado. Viajó por toda Nigeria, esa mujer, buscando algo con lo que llenar su interior, y aprendió muchas lenguas, buscando palabras para explicar el vacío. Y a la gente le gustaba ese vacío, era una mujer lista: estaba hecha de la luz de las estrellas; su corazón resplandecía, plateado. La escuchaban cuando decía sus palabras en muchas lenguas, hablando de los lugares que había visto: de Jos, donde los diamantes llovían del cielo, y del norte, donde los hombres desaparecían tras muros de arena, y de los arroyos del Delta, bailando con los espíritus del río. Y así la gente convirtió a esa mujer en rey. La tierra la llenó por completo, y el vacío era cielo. Nigeria es un lugar donde las mujeres son reyes. Donde todo es posible.

Durante toda mi infancia, mientras mi madre limpiaba sus cacha-

ros, yo la observaba y escuchaba sus historias, sus canciones, más satisfecha que cualquier mujer que haya existido jamás. Mami cantaba en voz alta, lo que era bueno, entretanto mi hermana, tu tía Bukky, de quien has heredado ese hermoso tono de piel, hablaba con una voz que te atravesaba la cara. Recuerdo cómo un día le suplicó a Mami que compartiese sus secretos. El sol todavía no había llegado a lo más alto, pero llevábamos horas despiertas, escuchando cantar a Mami y roncar a Baba¹.

—Por favor —gimoteaba Bukky—. Por favor, Mami. No se lo contaré a nadie.

—No te diré nunca mi ingrediente secreto. —Mami negó con la cabeza hasta que sus trenzas con cuentas traquetearon al chocarse. Se rio—. Nunca. ¡Puedes darme la lata todo el día y mi boca estará tan cerrada como el puño de Baba el día que cobra!

—Por favor —insistió Bukky, mirando el trapo con el que Mami limpiaba los cacharros—. Podría hacernos ricos. ¡Imagina, una fórmula para limpiar cacharros así de bien a la venta en Express Road!

Bukky siempre estaba buscando formas de ganar dinero, y era una insensata. Una vez casi la detuvieron después de que un hombre le dijese que le daría cien dólares americanos por cruzar con una bolsa la aduana del aeropuerto. Si Baba no hubiese pasado con el coche y no la hubiese visto fuera del colegio andando con una bolsa que no era suya, la habrían metido en la cárcel. De haber sido Mami quien pasó por su lado, Bukky estaría muerta, sin duda. ¿Y quién sabe si las puertas del Cielo se abrirían tras un delito así, aunque se hubiese producido por insensatez? Pero las cosas que guardo en mi corazón no son la estupidez de Bukky, o la exasperación de nuestros padres. Más bien, recuerdo la luz en el recinto bailando sobre el metal de aquellos cacharros de cocina, creando miles de diamantes en el polvo, y sobre las mejillas regordetas de Bukky; la risa de Mami; los ronquidos de Baba. El vacío diminuto, donde ibas a crecer. Un lugar donde las mujeres son reyes.

Recuerdo que la casa, con escalones rotos y goteras en el tejado, estaba en el centro de un patio mediano donde Mami lavaba el arroz en uno de esos cacharros; juro que nuestro arroz era el más limpio de toda Nigeria. Mis hermanas, Miriam, Eunice, Rebekah, Bukky, Esther, Oprah y Priscilla, se pasaban el tiempo mirándose en los demás cacharros relucientes de Mami, examinando el espesor de sus cejas, la distancia entre sus ojos (Bukky siempre decía que podría aparcarse un coche entre los ojos de Esther), la forma de sus labios, el bucle de sus pestañas. Baba se reía por lo bajo cuando las

veía contemplarse en los cacharros, y me daba palmaditas en la cabeza:

—Preciosa Deborah —decía.

Nunca me miré en un cacharro de cocina. Sabía, incluso siendo tan pequeña, que era pecado ser presumida. Era una niña lista, Elijah. Talentosa. Conocía tan bien la Biblia que desde que tenía un año sabía recitar los Salmos. No sé si fue por no mirarme en los cacharros o por mi buena disposición para estudiar la Biblia por lo que me convertí en la favorita de Baba. Pero sabía que lo era. Y cualquier hija que es la favorita de su padre crece bendecida, como yo.

En realidad, todas estábamos bendecidas. Nos encantaba el colegio, íbamos a la Sección Principal del Apóstol de la Llegada de Cristo, que estaba a solo quince minutos caminando. Pero nos gustaba incluso más volver a casa del colegio..., para cenar juntas y charlar sobre el día, y leer la Biblia, o los otros libros que Baba nos compraba en la tienda cerca de su trabajo, o los libros que nos daba Mami, que estaban tan leídos que se quedaban abiertos, como si sus historias estuviesen vivas y quisieran ser escuchadas. Vivíamos a las afueras de Lagos, en el barrio de Yaba, cerca de la parada de bus de University Road hacia el cementerio de Yaba: yo, Mami, Baba, mis siete hermanas, tías, abuelos, y mis hermanos, Othniel e Immanuel..., aunque Othniel estaba ocupado estudiando para ser farmacéutico, y siempre estaba fuera en el trabajo o en la biblioteca de la universidad, e Immanuel se pasaba todo el tiempo con su novia, que vivía en Victoria Island. La novia de Immanuel era un asunto incluso de más alto secreto que el engrudo para los cacharros de cocina de Mami: había protagonizado un vídeo musical, sus padres estaban separados y nunca había ido a la iglesia.

La iglesia siempre fue una parte importante de nuestras vidas. Cuando vives en un lugar como el Cielo no puedes olvidarte de darle las gracias a Dios. Y teníamos otro motivo por el que amar a Dios: nuestro tío, hermano de Baba, nació con la voz de Dios en su corazón. Tío pastor obraba milagros. Podía hacer que viviese un hombre moribundo, y darle la vuelta a la mala suerte de una familia para convertirla en la más afortunada de todo Lagos. He sido testigo de ello con mis propios ojos. He visto muchas cosas. Un hombre rezó para pedir el milagro de la seguridad financiera y regresó a la iglesia una semana después con un boleto de lotería ganador, un Rolex último modelo y una novia con los pechos tan grandes que Baba no pudo evitar hablar sobre ellos, y Mami le hizo meter todos los *nairas*² que llevaba en el bolsillo dentro del bote de las ofrendas. ¡Cómo nos reímos, Elijah! Nuestra iglesia era un lugar de felicidad y ri-

sas, y tu carita me condujo de vuelta a eso, de vuelta a las risas de nuestros padres. Todos observábamos la forma en que Mami y Baba se gastaban bromas mutuamente: él fingiendo atragantarse con la comida de ella; ella llamándolo barrigón. Su risa. La forma en que se miraban el uno al otro, y a nosotros. Era un hogar muy feliz. Una familia. No hay nada más dulce que eso.

Mami y Baba tenían cimientos sólidos en su matrimonio, de modo que, cuando los vientos soplaban demasiado fuerte, nada se caía. Primero fueron amigos, durante muchos años, y, cuando yo me hice amiga de Akpan, recuerdo a Mami y Baba mirándose mutuamente, y la sonrisa que compartieron. Querían cimientos sólidos para mí también. Se alegraron mucho cuando tu *baba* me llevó bajo la palmera, y se sacó del bolsillo del pantalón un anillo que brilló como una estrella de medianoche y que debió de haberle costado el sueldo de seis meses. Sabían algo acerca de cómo funciona el matrimonio. Sintieron felicidad, pero también alivio. Incluso en un lugar como el Cielo la vida es difícil para las mujeres. De no haber sido porque tu *baba*, Akpan, pidió mi mano en matrimonio, no sé en qué podría haberme convertido. Y esa, hijo mío, es la situación para las mujeres en todo el mundo.

Fui afortunada. Akpan se transformó en mi amigo. Venía de visita todo el tiempo, y cada vez que venía me gustaba un poco más. Tenía un rostro amable y creía en cosas, y a menudo traía una bolsa de Marks & Spencer llena de regalos para nosotros: un conjunto de joyería chapado en oro para mis hermanas y para mí, un despertador de viaje para Mami, aunque ella nunca viajaba más allá de Ikeja y no tenía pilas AAA.

A veces, cuando era pequeña, escuchaba a Dios en mis oídos... Escuchaba su voz tan clara como los colores de la mañana. Cuando se lo conté a Akpan, dijo que tenía un don espiritual. Dijo que Dios me había elegido para susurrarme secretos porque yo era muy bonita. Me llamó «su ángel», y mi corazón se hinchó tanto que tuve que esforzarme por respirar. Fue muchos años antes de que nos casáramos, y antes de que Akpan consiguiese un visado para él y un visado de esposa para mí, para que pudiésemos dejar nuestro hogar y venir a Inglaterra, al piso de Londres donde te concebimos al primer intento. Las estrellas brillaban aquella primera noche, Elijah, como si las estrellas nigerianas hubiesen viajado hasta Deptford para iluminarnos al hacer el amor. Naciste del amor, de las estrellas nigerianas y de los secretos en los que se cree.

Eres amado, pequeño Nigeria, como el mundo jamás ha conocido el amor.

Dos

«Demonio asqueroso, sucio y horrible». Elijah oía la voz del brujo todo el tiempo. Le decía que hiciera cosas malas. Elijah sabía que era malo. Un niño asqueroso. Deseaba que el brujo eligiese a otro niño, o que solo usase sus superpoderes para cosas buenas, como trepar hasta muy alto o volar. El brujo podía hacer cualquier cosa. Podía usar su fuerza sobrehumana para levantar cosas pesadas y leer la mente de las personas. Podía convertirse en un animal, volverse invisible y volar por el cielo nocturno atrapando pedazos de relámpago con las manos. Elijah podía usar al brujo que tenía en su interior para entrar en el cerebro de la gente. Si Elijah fuese capaz de controlar al brujo, podría conseguir que solo hiciese cosas buenas, como superpoderes, y entonces Elijah no le tendría tanto miedo. Miedo de lo que pudiese hacer a continuación. De lo que podría obligarlo a hacer.

Elijah estaba viviendo con Sue y Gary en una casa que estaba llena de letreros que te decían qué hacer. Él no sabía leer, así que tuvo que preguntar qué decía cada letrero, y Sue y Gary estaban cansados de decírselo. Por eso era una suerte que pudiese acordarse de todo:

«Mantén la calma y sigue adelante».

«Si no está roto, no lo arregles».

«Una casa con amor es un hogar».

Vivían en algo llamado calle sin salida, que era un sitio donde todas las casas eran grandes y parecidas, y adonde no iba gente de piel negra. Los vecinos siempre estaban lavando sus coches, o podando los setos, o quitando las malas hierbas de sus jardines delanteros cada vez que Elijah pasaba. Pero él sabía que en realidad estaban esperando para echar un vistazo al brujo. Elijah quería advertirlos. Los miraba y abría la boca para decirles que se alejasen corriendo de él, pero, siempre que lo hacía, no salía ninguna palabra. Mejor sería que se metiesen en sus casas por la noche, pensaba, y le

rezasen a Dios. «Por favor, rezadle a Dios», pensaba. Y él mismo rezaba con tanta fuerza que ellos también rezarían. Deberían rezar todas las noches para protegerse a sí mismos. O el brujo podía disolver sus casas con ácido. O engullirlos.

La casa de Sue y Gary estaba muy ordenada y olía a col. No tenían mascotas. Dejaban que Elijah jugase a fútbol fuera, en el césped, pero no lo dejaban salir del jardín solo. La sala de estar era donde pasaban la mayor parte del tiempo, mirando una televisión enorme que colgaba de la pared. A él le gustó ver *Spiderman* y *Superman* y, una vez, cuando Sue estaba en el bingo, *Harry Potter*, que iba sobre un niño brujo que tenía la cicatriz correspondiente en la cabeza. Pero la cicatriz de Elijah no tenía la misma forma: en vez de ir en zigzag era una línea recta, y Harry Potter era un brujo bueno mientras que Elijah era de los malos.

Se sentaba en el sofá, donde había cojines que llevaban cosas escritas:

«¡Las abuelas son ángeles disfrazados!».

«Aquí viven un gallo viejo y una jovencita elegante».

«Bienvenido a la casa de los locos».

«La vida es demasiado corta para beber vino barato».

Elijah le había pedido a Sue que se los leyese.

Por todas partes había fotos de niños, todos sonriendo, a algunos les faltaban dientes. Ninguno se parecía a Sue o a Gary. Sue y Gary tenían la piel blanca con manchas marrones en las manos, y un pelo tan fino que podías ver a través de él. Sue era muy bajita (Elijah le llegaba a los hombros) y tenía los dedos hinchados y rojos todo el tiempo. Gary llevaba gafas y unas pantuflas en las que se veía a Mickey Mouse. Bañaban a Elijah sin ponerle después aceite sobre la piel, y él se sentía seco e irritado, y le picaba. Los niños de las fotos eran de diferentes colores, tenían ojos diferentes y diferente pelo. También debieron sentirse muy irritados. Elijah era tan poderoso que podía leerles la mente, incluso en las fotos. Querían a sus mámas.

—Todos esos niños a los que hemos acogido... —Gary estaba detrás de él; Elijah podía verlo sin girarse—. Hasta ahora, veintidós colocaciones de urgencia. —Se rio—. Y dieciocho que se quedaron bastante tiempo: uno de ellos, hasta los dieciséis. Todavía vienen en Navidades, se dejan caer y visitan a Sue, a veces traen la colada...

Elijah no se quedaría mucho tiempo. Querrían que se marchase antes de que el brujo los matase, y él no podría culparlos. Le gusta-

ba vivir con Sue y Gary, pero a ellos no les gustaría vivir con un brujo repugnante. Gary siguió hablándole al aire, pero Elijah lo apartó de su mente. Todo lo que podía oír era el mensaje que le llegaba directamente de Dios. Dios mandaba mensajes a veces. Veintidós dieciocho. Se lo habían dicho, y le habían dicho que lo recordase bien.

«Éxodo 22, 18: No dejarás con vida a una hechicera».

Era de noche cuando Sue hizo que Elijah se lavase los dientes. Incluso con la pasta de dientes mentolada, solo notaba el sabor de las verduras hervidas que le obligaban a comer. Miró a Sue. Desde que Ricardo se fue, ella había estado observándolo de cerca. Sue intentaba abrazarlo, pero Elijah lograba escabullirse de sus brazos. En ese momento ella lo estaba mirando en el espejo, pero él sabía que no podía verlo, porque él no se reflejaba en los espejos. Los hechiceros no tienen reflejo ni sombra. Así es como puedes saber si un brujo vive dentro de ti. Sue miraba con atención, pero no podía ver a Elijah en absoluto. Él no podía creer que ella lo obligase a comer una verdura llamaba colinabo, que era de color naranja y sabía a escupitajo. Mama nunca lo obligaría a comer verduras. Mama nunca le daría comida con sabor a escupitajo. Mama no tenía un demonio en su interior. Mama era un ángel. Era tan buena que si los malos se estuviesen muriendo los salvaría, aunque fuesen malvados de verdad. No le daría verduras hervidas a nadie, ni siquiera al más malo del mundo.

—Muy bien, Elijah. Cepíllate dos minutos enteros. Lo estás haciendo muy bien. Eres un niño muy listo y te cepillas los dientes muy bien.

Elijah observó a Sue atenta al espejo vacío y fingiendo que veía a un niño de siete años lavándose los dientes. Él usó sus ojos láser para empañar todo el cristal.

Después de lavarse los dientes, Elijah siguió a Sue para ir a su cuarto y subirse a la cama. Sue le tapó con una manta.

—Deja de moverte —le dijo—. No te dormirás nunca si no dejas de retorcerte así. ¿Tal vez estás un poco asustado hoy? Sabes que siempre puedes hablar conmigo de lo que quieras. —Sue se rio y suspiró al mismo tiempo. Miró a Elijah y le dio unas palmaditas—. ¿Estás un poco intranquilo? Porque quiero recordarte todas las cosas que te dije: aquí estás completamente a salvo; nadie te hará daño.

Ella levantó la cabeza y tiró de la manta hacia abajo para ver más a Elijah. Él quería volver a taparse. Se preguntó si Mama tendría una manta o si estaría pasando frío.

Sue apoyó la cabeza en la mano.

—Mira, estos trabajadores sociales no nos cuentan ni la mitad. Ni siquiera Ricardo, por muy encantador que sea. De todos modos, hummm, sabes que siempre puedes hablar conmigo. Sacarlo y hablar de ello podría ayudar. Ya sabes, compartir tus problemas.

Elijah miró las manchas marrones en la mano de Sue. Posiblemente el brujo la estaba envenenando. Dejó de mirar las manos de Sue y pensar cosas, y echó un vistazo por la habitación. Había un armario con el dibujo de un oso, que Sue dijo que se llamaba Winnie the Pooh. Sue le leía a Elijah muchas historias. En la pared había una estantería con muchos libros, incluido el libro sobre el oso. El libro era la segunda cosa favorita de Elijah de aquella habitación.

Su primera cosa favorita estaba junto a la cama: una foto en un marco de madera. En la foto, Mama llevaba el pelo peinado con millones de trenzas diminutas y estaba sonriendo, sujetando una biblia del rey Jacobo que le había dado su tío pastor. Detrás de ella estaban los colores de Nigeria: rojo oscuro, amarillo intenso y verde. Y ella sonreía.

—Mañana tienes contacto, así que hay que levantarse muy temprano. —La mujer lo besó en la cabeza antes de que él tuviese tiempo de apartarla—. Que duermas bien.

Elijah observó cómo Sue salía de la habitación y cerraba la puerta tras ella. Se tocó el lugar donde lo había besado y fingió que, en vez de Sue, había sido Mama quien le había dado un beso.

Elijah estiró las manos, frotándose los dedos sobre una mesa rayada por un millar de marcas de bolígrafo. La luz del día captaba el brillo del polvo incrustado en la madera, creando chispas, como si la mesa conservase los recuerdos de los niños jugando. Otros niños. Era por la mañana y Ricardo había ido a llevarlo al centro de contacto, pero solo después de haber tenido una charla. Elijah se había quedado sentado ante la mesa de la cocina mientras Ricardo cuchicheaba con Sue en voz baja tras la puerta. Después entró y sonrió, y Elijah supo que tendría que hablar. A Elijah no le gustaba mucho hablar, pero cuanto antes empezase a hacerlo antes se irían al centro de contacto, que era una especie de cárcel donde tenían a Mama. Cerró los ojos y obligó a las palabras a salir una a una:

—Satán estaba aquí desde el principio, igual que Dios.

Abrió mucho los ojos y miró a Ricardo, que se había reclinado en su silla y había cruzado sus largas piernas delante de él. Hacia la nariz de Elijah viajaban ráfagas perfumadas de la loción para después del afeitado de Ricardo, algo afrutada, y acre. Una vez, Ricardo le

contó a Elijah que tenía más de cincuenta lociones distintas para después del afeitado, y Elijah se las había imaginado todas, bote tras bote, alineadas en orden sobre una estantería. Ricardo revolvió los dibujos de Elijah, que estaban apilados en medio de la mesa que había entre ellos: docenas de pingüinos, una rama de árbol larga con una hilera de hormigas recorriéndola mientras transportaban hojas, el ala de una mariposa con todos los colores posibles..., ese le llevó días..., y una página en blanco calcáreo que se suponía que era un oso polar en el Ártico en medio de un temporal de nieve. A Elijah no le gustaba mirar ese dibujo, aunque lo había dibujado él; resultaba vacío y secreto. Pero aun así lo guardó con el resto, y le dijo a Ricardo que era importante.

«Soy un brujo». Elijah quería contarle a Ricardo que había un brujo en su interior, pero la promesa que le hizo a Mama, nunca, no contar jamás lo del brujo le resonaba en la cabeza.

—Soy un niño malo —susurró en vez de eso—. Lleno de mal y maldad.

Elijah empujó las palabras, para que saliesen, y pensó en Mama esperándolo, en la forma en que su boca se curvaba para convertirse en una sonrisa por un lado, y en un rostro triste por el otro.

Elijah se llevó la mano a la cara y se tocó la cicatriz de la frente con la punta de los dedos. Era desigual al tacto y del tamaño de una cerilla.

—Mira mi cicatriz —le susurró a Ricardo—. Solo los malvados tienen cicatrices en la cara.

Ricardo se encogió de hombros, como si Elijah hubiese dicho algo sin interés o incierto. Elijah abrió los ojos todavía más, hasta que empezaron a llenarse de agua y picor. Intentó ignorar el escozor, bajó la vista hacia el suelo y respiró una gran bocanada de la loción para después del afeitado de Ricardo.

—No quiero ser malvado. ¿Puedes ayudarme?

La voz de Elijah se transformó en la de un niño más pequeño. Se movió en todas las direcciones como si las palabras no supiesen cuál era el camino para llegar a los oídos de Ricardo. Elijah cerró los ojos y escuchó a su interior: «Los brujos traen enfermedad y mala suerte y desgracia a cualquiera que esté cerca. Por la noche, se arrastran para salir por tu piel y vuelan por el aire antes de escoger a una víctima y comerse su carne, a veces su alma misma. Estoy lleno de espíritus malignos».

—Soy malvado, bajo el control directo del propio Satán. El obispo me lo dijo.

Elijah empezó a sollozar. Una lágrima enorme se deslizó despacio

por su mandíbula antes de caer sobre la mesa. La tocó con el pulgar y la frotó sobre la mesa hasta que se secó.

—No quiero ser malo.

—¿Quién es el obispo? ¿Es de tu iglesia?

Elijah abrió los ojos, pero no la boca.

Ricardo frunció el ceño.

—Bueno, quienquiera que sea, tienes que saber que no eres malo de ninguna manera. Eres un niño precioso que merece ser feliz, estar seguro y jugar.

Elijah sabía que Ricardo no creía que fuese malo. Intentó hablar con él con telepatía, que es cuando piensas directamente en el interior del cerebro de otra persona. «Es cierto. Mírame a los ojos. Es cierto».

—Soy Elijah —dijo—, pero también estoy lleno de maldad. Traigo enfermedad, mala suerte y desgracia a cualquiera que esté cerca de mí. Estoy completamente lleno de maldad.

Ricardo colocó su mano sobre la de Elijah.

—Suenas muy confuso. Me alegra mucho que hayas podido hablar conmigo. ¿Puedes contarme algo del obispo?

Elijah pestañeó con rapidez.

—Es un hombre de Dios.

Ricardo apretó la mano de Elijah y después escribió algo en su cuaderno.

—Intentaré contactar con él. ¿Recuerdas cómo se llama?, ¿o cómo se llama su iglesia?

Elijah negó con la cabeza.

—No te preocupes. Pero, mientras, debes entender que, sea lo que sea que te hayan dicho..., incluso un hombre de Dios..., tú eres bueno, un niño bueno. De hecho, todos somos un poco traviesos a veces. ¡Incluso yo, lo creas o no! —Ricardo se rio desde el fondo del estómago—. Y estoy seguro de que el obispo nunca diría que eres malo. A veces, en Brasil, de donde vengo, los curas hablan sobre el cielo y el infierno, y Dios y Satanás. ¿Eso dijo tu obispo?

Elijah dejó de pestañear. Empezó a asentir con la cabeza sin poder evitarlo.

—Bueno, si tu obispo se parece a los curas que conozco, sabrá que los niños son buenos y no malvados.

Elijah notó que empezaba a temblarle la cabeza, pero logró pararla a tiempo.

—Y quizás, si las cosas no iban bien en casa con mamá, fue fácil confundirse durante la misa y pensar cosas negativas. —Ricardo levantó la cabeza—. Debe ser terrible pensar que eres malo.

Elijah pestañeó despacio y empujó las lágrimas hacia atrás para que no aparecieran en su rostro, contrayendo el estómago hasta formar un nudo. Ricardo estaba equivocado en todo. Las cosas siempre fueron bien en casa con Mama. Siempre. Bajó la mirada hasta los pies de Ricardo, estirados delante de él bajo su lado de la mesa.

—Gracias por hablarme del obispo; como te he dicho antes, puedes contarme lo que sea. Estás completamente a salvo conmigo.

Ricardo alargó la mano sobre la mesa para ponerla sobre la de Elijah, pero este notaba que le temblaba la mano. No quería arriesgarse a tocar a Ricardo. Los adultos decían que estaba completamente a salvo con ellos, pero él solo estaba completamente a salvo con Mama.

Mama.

Incluso pensar en Mama lo cambió todo. Cuando pensó en Mama, la mesa se movió y se agitó, y el suelo descendió de pronto.

Se hizo el silencio en la cocina por un momento, excepto por el tictac del reloj encima de los armarios de Sue. Elijah miró la ventana, y las plantas que se alineaban en el alféizar, y que según Sue se llamaban orquídeas. Solo necesitaban un poquito de agua cada varias semanas y las flores eran del rosa más rosado. Una de las flores estaba llena de puntitos blancos y trepaba por una vara delgada de color verde. Aquel día, temprano, había tocado un pétalo con el pulgar, y no logró saber si era el pétalo o el pulgar; ambos eran muy suaves.

—¿Hace cuánto que nos conocemos?

Ricardo sonrió con la sonrisa que guardaba solo para Elijah. Por lo general Ricardo tenía el rostro cuadrado, la boca plana, y cuando sonreía enseñaba los dientes. Pero con la sonrisa especial que guardaba para Elijah le brillaban los ojos. Elijah nunca lo había visto usar esa sonrisa con nadie más. Era como un secreto entre ellos.

—Esta es la primera vez que me dices claramente que sientes que eres malo... y que mencionas al obispo... con algo más que una frase aquí y allá. Sé que mamá solía rezar mucho y que es muy religiosa. Es bueno que me cuentes cosas, Elijah. Hablar siempre es bueno.

Pero Elijah no se sentía ni bueno ni a salvo. El corazón le palpita por todas partes y no tenía el estómago en su sitio. Miró más allá de las orquídeas y más allá de la ventana, hacia la luz del día.

Ricardo sonrió de nuevo, pero Elijah pudo ver sus pensamientos. En su mente, Ricardo se alejaba corriendo, de regreso a Brasil, donde podía esconderse de un brujo así de malvado en la selva donde